



Engraving par Weber

MIRABEAU

## NÚM. XXXVI

### MIRABEAU.

El arte de toda revolucion consiste en apoderarse de una idea buena, presentarla como propia, acomodándola al orden de cosas que esta quiere destruir, y que ya posea y aplicaba, pero sin hacer ostentacion, como sucede con las cosas que nos son familiares. ¿Está destinado por ventura el hombre sano á que no se echen en olvido su hígado y sus pulmones? Tal fué la idea filantrópica de los destructores del siglo pasado, que querian separarla y hacerla superior no tan solo á la religion, sino á la misma virtud proclamando: « Podéis ser tan malos y perversos como queráis, con tal que hagáis bien á los hombres. »

Y al decir así hombres en general, se dispensaban de hacer bien á uno en particular, y de amar con predileccion á los que están mas cerca de los lazos de la naturaleza, como la familia, la patria; pues al concepto hoy en uso de nacionalidad nada se oponia mas que la filantropía cosmopolita de los enciclopedistas. Una prueba de ello es el modo como asistieron aquellos filósofos al desmembramiento de la Polonia. Ni uno solo de ellos habló de los derechos del pueblo, de nacionalidad, de libertad; Federico II y Catalina de Rusia tuvieron la penetracion de comprar la aprobacion de los enciclopedistas, y estos se hicieron los abogados de la usurpacion, percibiendo sin embargo el daño que amenazaba á la Francia por el incremento del Norte. Federico escribe á D'Alembert que se consideraba como un Licurgo ó un Solon, y D'Alembert que él tambien lo creia así; á Voltaire le aseguraba que aquel repartimiento era el único medio de prevenir una guerra general, y Voltaire no halla nada que decir en contra.

Así pecaban entónces la mayor parte de los hombres. Y miéntras que el grande ensayo de 1789 hubiera debido encontrar hombres robustos, serenos, desinteresados y únicamente apreciadores de la fuerza moral, hallaba en su lugar espíritus flacos, corazones corrompidos y de vida depravada hasta en lo mas elevado de la sociedad, y en las fuentes del saber. Senac de Meilhan, Segur, Ligue, Bezenval, Lauzun,

Tilly, Suleau, Rivarol y otros iguales á ellos dieron pruebas de la mas grande corrupcion, habiendo perdido no tan solo el pudor, sino hasta el sentimiento de él. Un grande ejemplo de lo que acabamos de apuntar lo hallarémus en este estudio sobre Mirabeau, quien mas que otro individuo alguno, se presenta por un momento como un historiador personificado. Al examinarle procurarémus mantenernos á igual distancia entre los anatemas de la indignacion y las excusas de la complicidad, y sobre todo fijarnos sobre ciertos puntos que son hoy mismo discutidos ó aplicados.

En una de las frecuentes revoluciones causadas por la lucha de los Guelfos con los Gibelinos, en 1268 Azzo de los Arrighetti, natural de Florencia, emigró á la Provenza, en donde se alteró su nombre en el de Riquetti. Uno de sus descendientes compró allí la propiedad de Mirabeau, bajo cuyo titulo permaneció conocida aquella familia, ilustre por haber producido una serie de hombres de toga y espada, como igualmente el inventor del canal del Mediódia (1). Victor Riquetti en 1666, singular compuesto de buenas intenciones y de hechos infames, afable y rencoroso, embebido en las máximas de los economistas de aquellos tiempos que querian innovar el mundo con teorías y se hacian tiranos á fuerza de liberalidad, difundió muchos conocimientos sobre agricultura, estadística y miras filantrópicas en el *Amigo de los hombres* (1755) en cinco volúmenes, trabajo que se leía mucho y se tradujo, aunque indigesto. Este hombre pasó su vida haciendo la corte á los ministros para que adoptasen sus ideas, y creyéndose el primer hombre de su siglo, en lo que le apoyaban sus parásitos y aduladores. Pero miéntras que ostentaba así teorías de filantropía, en la vida de familia era tiránico, injusto y grosero. Con su mujer, algo

(1) Esta es la opinion vulgar, pero el mérito de esta obra parece pertenecer á Francisco Andreossi, oriundo tambien de Italia, en donde se perfeccionó en la hidráulica.

violenta é indiscreta, no vivió mucho tiempo en paz, trayendo á casa otra mujer, con escándolo aun mayor, por denominarse vulgarmente en su obra el Amigo de los hombres. A pesar de esto, como estaba convencido de su infalibilidad, orgulloso de sus abuelos, é hinchado de la sabiduría de aquel tiempo, seguía su camino, lleno de presuncion, y mientras que merecia estar en un presidio, obtuvo cincuenta y siete órdenes ó mandatos de la policia contra varios miembros de su familia, siendo siempre su gusto proceder con todo el rigor de la justicia. Honorato Gabriel, el quinto de sus hijos, nació en Bignon cerca de Nemours en 1749. Cabeza enorme y desfigurada por las viruelas, al contrario de sus hermanos que eran bellísimos, inspiró á su padre una repugnancia insoportable. Como compensacion, la inteligencia de este jóven se desarrollaba precozmente. A la edad de cinco años su preceptor le dijo que escribiese lo que le viniera á la cabeza, y él escribió: « Muy señor mio: suplico á usted ponga mas atención en su letra y no haga patas de gallina. En cuanto á lo que hace, obedecer á papá y á mamá; no contrariar, no dar vueltas ó jugar, máxime en hecho de honor; no atacar á nadie, si no atacan á usted; defienda la patria; no sea malo con los criados, ni tenga familiaridad con ellos. Procure usted cubrir los defectos del prójimo, porque puede sucederle otro tanto á usted. »

Á once años, el duque de Nivernais escribia á su tío: « Anteayer me ganó el premio de la corrida que era un sombrero. En seguida se volvió hácia un muchacho que llevaba una boina, y poniéndole en la cabeza el suyo que era bueno, toma (le dijo), yo no tengo dos cabezas. En aquel momento me pareció emperador del mundo; en su actitud habia algo de divino; yo reflexioné, lloré, y la leccion me costó sangre. »

Á los diez y seis años, el príncipe de Conti le preguntó: « Que harás tú si yo te diese un bofetón? Honorato respondió: « La pregunta me hubiese embarazado antes de la invencion de las pistolas de dos cañones. »

Créase ó no en estos pequeños y no raros prodigios, eso no impedía que el padre se mostrase duro, exigente y severo. Le cambia los institutores, las escuelas, y hasta el nombre para que no deshonre la casa; rodéale de exploradores ó espías, y se pone de mal humor al ver que su hijo sabe ganar el aprecio de sus maestros, diciendo: « Este sabe echar polvo en los ojos, pero nunca será mas que un hombre de cuarta clase, si toda vez llega á ser algo. »

Mirabeau, educado en una disciplina severa hasta la injusticia, y temiendo continuamente ser castigado, no podia adquirir aquellas maneras delicadas y aquella tranquilidad de espíritu que no constituyen á la verdad la virtud y el honor, pero sí sus principales elementos. Á medida que iba entrando en edad, su inquietud, « de que no creía haber nacido para ser es-

» clavo. » hacíase mas peligrosa; por lo que su padre se decidió á que entrase en el servicio, para que la disciplina militar pusiese coto á su perversidad y bajeza. Dejado así en su nueva posicion sin dinero, se llena de deudas, y entónces su padre pensó en enviarle á las colonias de las Indias, limitándose por último á arrinconarle en la isla de Rhe. Honorato obtuvo por medio del gobernador hacer parte de la expedicion contra los Corsos que querian la libertad. El jovencito, mezcla de pasiones salvajes y de infatigables estudios, ávido de crearse un nombre, con la idea del peligro y con la esperanza, amolda en parte su turbulencia; estudia cuantos libros le vienen á la mano sobre la táctica, y escribe á su hermana: « Creo que he nacido para la vida militar; pues en la guerra encuéntrome sereno, alegre, sin impetuosidad, al paso que mi carácter se modifica » y eleva. »

Mas al Amigo de los hombres no le gustaba que se diese nada al militar; por manera que cuando le suplicó que le comprase un grado, contestó que los Bayard y los Duguesclin no habian hecho sus carreras de este modo, y luego le llamó para que estudiase la economía política en sus obras. Á la infatigable actividad de Honorato no le bastaba ninguna otra carrera fuera de la milicia, encontrando todo lo demas descolorido y trivial; pero al fin se resignó á secundar á su padre, y este reconciliado con el talento que brotaba de dia en dia en su hijo, restituyóle el nombre.

Entregábase Honorato conigual pasion y violencia al estudio y á los placeres, sin que se borrasen en él las siniestras disposiciones recibidas en la áspera educacion paterna. La pedertería, la avaricia, la obstinacion, la arrogancia del marques hallábanse en perpétua contradiccion con el ímpetu, la actividad, la inatencion y la atractiva franqueza del hijo, y para que entrase en los proyectos económicos del padre y alentarle en lo que le aconsejaba, este escribia: « Su infancia ha sido monstruosa, la adolescencia turbulenta: digno exordio por cierto de una vida que es una mezcla de indiscrecion, mala conducta » y charlataneria. » Sin embargo, permitióle ir á ver Paris, y presentarse en la corte de Versalles, persuadido de que esta « no contaminaria los quinientos años de reputacion que contaba la casa de Mirabeau. » En resumidas cuentas se distingue allí y se hace amar; y el marques, que por un afectado orgullo no habia querido nunca domiciliarse en aquella ciudad decia: « Mi hijo es tan insinuante como intratable, y engañará á los grandes á su albedrío, porque posee lo que Gregorio el Magno llamaba el terrible don de la familiaridad. »

Viendo Honorato muy mal dirigidos los asuntos é intereses paternos en medio de pleitos y utopias, trató de buscar una subsistencia independiente casándose con Emilia de Marignan:

su suegro le asegura trescientos mil francos, pero no le da mas que una pension de mil escudos; el marques le añade otro tanto, y Honorato se establece en su casa. Mas en vez de ser prudente y moderado, lánzase en el desórden; contrae por ciento sesenta mil francos de deudas en un año; hace planes de economías para pagarlos; pero su padre á quien no placian tales ideas, se opone á todos estos expedientes, y al fin obtiene una real órden que le confina en la pequeña ciudad de Manosque, en donde le tratan con dureza y rigor.

Este juicio le habia merecido por sus amores vagos y disolutos, á tal punto que la fama de ellos no respetó el amor que tenia por su hermana. Á esta por lo ménos manifestaba un afecto exagerado como llevaban el sello todas sus pasiones; y habiéndola insultado un baron, viola la reclusion, lo desafia, y no aceptando el otro, le da un bofetón. De esto siguióse un pleito, obteniendo su padre que le encerrasen en el castillo de If. Juzgando él mismo su conducta viciosa, pero no criminal, escribia así al marques: « Libradme, dignaos libramme; salvadme de la espantosa agitacion en que estoy y que puede destruir todos los efectos de mi reflexion » y de la adversidad. La actividad que todo lo cumple y lleva á cabo, y sin la cual nada se concluye, se hace turbulenta y hasta puede ser peligrosa, si se la deja sin objeto y en la inaccion. »

Pero su padre mostrábase inexorable, bajo el pretexto de querer que recuperase de buen grado el favor paternal; si bien resulta de sus cartas que su deseo era obligarlo á la extremidad. Y así fué en efecto: osu mujer, de quien manifestaba tener celos, á pesar de las infidelidades que la hacia, obtiene la separacion; y encerrado Honorato, sin visitas, ni correspondencia, seduce á la única mujer que habia en el fuerte. Trasladado al de Joux, en el Franco Condado, aquí tambien sabe ganar al gobernador con su inexplicable ascendiente, quien dándole cierta libertad, le presentó á Sofia de Buffey, de diez y ocho años de edad, esposa del marques de Monnier, que contaba sesenta, y cortejada por el mismo gobernador sexagenario tambien. Bien pronto Honorato gana el corazon de la jóven señora; pero descubriéndose la cosa, á ella la alejan de allí, y á él le encierran en la ciudadela de Doullens por órden de su padre. Con todo, los amantes no pierden el tiempo, se ponen de acuerdo, huyen á Suiza, y despues de dramas y de accidentes varios, fueron á parar á Holanda.

La moral condena severamente y con justicia el comercio ilícito de Sofia con otro hombre estando casada; pero ella supo soportar los inconvenientes y disgustos que acompañan necesariamente un amor no sancionado, como si creyese tener derecho á cambiar la unión que la asociara á un decrepito marido en la de un hombre de su gusto y eleccion. Perseguidos y sin recursos, Honorato se afana y trabaja para los libreros sufriendo su arrogancia, escribiendo

do entónces el *Ensayo sobre el despotismo* por mil francos. Este agradó, y trabajando durante tres meses desde las seis de la mañana á las nueve de la noche, pudo ganar á razon de veinte francos al dia.

Mientras tanto su padre, que habia gastado seis mil seiscientos francos para que le arrastase la policia, se alegró de ver á su hijo excluido para siempre de Francia, decapitado en elígie, y de poder olvidar su existencia; pero los padres de Sofia, por un resto de amor ó de puntillo, trataban de hacerla volver, esperando devolverla á su marido; y tanto fué lo que trabajaron con este objeto, que al fin la arrestaron en país extranjero. Honorato podia salvarse, pero quiso seguir la suerte de Sofia, á quien confinaron en un convento, y él encerrado en Vincennes. Entónces el padre exclamó: « ¡ Por fin el tunante está en cadenas! »

Allí, abandonándose á los siniestros consejos de la soledad y del rencor, trató de ocupar horas amargas traduciendo lo mas obsceno y lascivo que escribieron los clásicos, enviándolo á Sofia con el permiso del gobernador, quien aun permitió una correspondencia entre ellos, que él leía antes, y que reclamaba despues, por cuyo motivo se conservó. El comandante no sufría que le tratase de tú, y mientras tanto pasaba brutales apuros de concupiscencia; hacia el difícil para darle una navaja de afeitar y un espejo para hacerse la barba, y luego vendia él mismo á los libreros las lúbricas composiciones, como la *Erótica Biblion* (1) y *Mi conversion*, dignas de Aretino.

En vez de buscar la embriaguez de los sentidos y la inmoralidad en las cartas á Sofia, que nuestra edad, ávida de escándalos y de todo lo que lleva el sello de deshonesto, ha querido dar á luz (2), rebuscamos en ellas alguno que otro buen pensamiento.

« La costumbre y el ejemplo dan aliento, por la razon de que la mayor parte de los hombres no tienen carácter; y muy pronto se ve no existe en ellos otro principio ni conciencia que una cosecha de fórmulas, de las cuales acaso no hay una sola que no sea una pérdida mascarada. »

« Aunque mis inventivas fuesen ágras, excusa tendria en ello, porque me sobran motivos para estar descontento de los hombres. »

« Por ventura, ¿ no se puede hacer por su propio país otra cosa que la guerra? Hace ya tiempo que he cambiado de ideas sobre este punto. Primeramente creo que los hombres, y en su consecuencia el rey, no pueden dar mas que aquello que tienen: el derecho de hacer é inculcar que los demas bagan las buenas acciones, conforme al órden y á las leyes inmutables

(1) Este es uno de los libros mas obscenos que existen, y lleva la fecha de 1783 en Rome, de l'imprimerie du Vatican, sin nombre de autor. Sin embargo, créese que sea del otro Mirabeau.

(2) *Les amours de Mirabeau et de Sophie de Monnier*, par M. B. GASTINEAU. Paris, 1863.

de la naturaleza. Un hombre virtuoso debe, pues, ser el solo juez de la legitimidad y de la justicia que asiste en la guerra que se trate de hacer. A esta filosofía no le gusta el uniforme. En segundo lugar, las tropas regulares, y los ejércitos establecidos no fueron, no son y no serán buenos sino para establecer y sostener la autoridad arbitraria. Pues bien, yo no puedo pertenecer á estos mercenarios, que solo reconocen á aquel que les paga el sueldo, que nunca reflexionan que este sueldo lo paga el pueblo, y se honran de servir á un hombre, cuando debieran considerarse como destinados únicamente á servir la patria. »

« La audacia de los reyes desprecia á un hombre que sea hombre. ¿Pero cuántos hay que no merecen nuestro desprecio? Los reyes oyen ensalzar todos los días sus actos de beneficencia, aun fuera del país, en donde su despotismo hace necesarios la mentira ó el silencio. Gracias á nuestra torpe adulacion, mientras que ellos arruinan territorios sobre los cuales no tienen otro derecho que una ambicion desenfrenada, creen haber cumplido con lo que exige la humanidad, con hacer dos otras acciones buenas que solo les cuesta el quererlo, lo que basta para que empiecen á exclamar los cortesanos y entusiasmarse los tontos. ¿Podrán por ventura algunos aislados y oscuros beneficios redimir sus numerosos delitos? No, no por cierto. La bondad de los reyes consiste en odiar á los malos; su beneficencia es la vigilancia y la integridad, la economía es su liberalidad; el respeto de los hombres, la estricta observancia de las leyes naturales y positivas, es su justicia. Quien dice otra cosa es un bellaco. Yo digo y sostendré delante de todo el mundo que los esclavos son culpables respecto á sus dueños, é ignoro si la libertad tiene derecho á lamentarse mas de los que con insolencia la roban, ó de la imbecilidad de aquellos que no saben defenderla. »

« Tú me dirás sin duda: En resumidas cuentas, ¿qué es lo que yo pienso? ¿Hay un Dios ó no? ¿Se ocupa de los asuntos del mundo ó no? Te responderé como siempre: *No lo sé*. Tres grandes palabras, créeme. No lo sé, y poco me importa, porque estoy seguro que me es imposible saber mas, y que mi buena fe, mis buenas intenciones y mis sentimientos no podrían desagradar á un Ser infinitamente justo, si le hay. Si existe, y cómo exista, no lo sé; pero no ignoro que el bien moral, útil, y hasta necesario al hombre, indispensable á la conservacion de la sociedad, es tambien indispensable á todo ser racional; siendo ademas frecuentemente inspirado por las creencias de este, por lo que es preciso guardarse de descuidar y echar en olvido las inspiraciones. Sé que si hay un Dios, el hombre bueno y justo debe agradarle. Sé que si no le hay, el hombre justo y bueno será con frecuencia el mas feliz, el ménos agitado; y aunque llegase á ser perseguido y desgraciado, el testimonio de su

conciencia dulcificará sus penas, mientras que el remordimiento envenenará, como envenena en realidad, la pretendida felicidad de los malvados. Sé que seré mejor para mí mismo, y mas amado de mi querida si soy virtuoso, y esto me basta para idolatrar la virtud. »

Mientras estaba en la cárcel, escribió sobre las prisiones de Estado, y sus *billetes regios ó cartas selladas*, como se llamaban las órdenes por medio de las cuales se metía á un hombre en la cárcel sin forma de proceso. Mirabeau, que habia pasado por este régimen, puso todo su cuidado en demostrar la ilegalidad de los arrestos arbitrarios. Hoy día han cesado en su forma antigua; pero aun se encuentra lícito en los gobiernos libres el arresto ó detencion por sospechas, por miedo de abusos, miedo que puede conducir los magistrados á cometerlos por su parte.

Los desórdenes de la centralizacion burocrática, por los cuales nuestra época ha perdido hasta el sentimiento de la libertad, ya se ven indicados magistralmente en aquel trabajo.

« Si el gobierno, atrayendo hácia sí todo, mezclándose de todo, queriendo inspeccionarlo todo, dirigir todo, y ordenar todo, multiplicar y complicar el servicio y los empleados, de modo que los jefes no sean mas que unos simples encargados de firmar, y que se encuentre ahogado en la anarquía á fuerza de la tirantéz de la autoridad; si los ministros vendidos en sus corrompidos gabinetes ven que se ponen en almoneda sus audiencias, su tranquilidad, su sueño, sus distracciones; si la intriga y la corrupcion invaden todos los grados desde los mas altos hasta los mas ínfimos; si nosotros adoramos los magistrados y sus libertos; si prostituimos homenajes á sus esclavos enriquecidos, y si miramos como un honor el estar en relaciones con sus lacayos; si se ve por nuestra parte, de un lado la desvergüenza y la facultad de poder hacer todo impunemente, del otro el miedo de hablar en favor del bien público, que nadie alcanza, y cuyo deseo, proscrito bajo el nombre de entusiasmo, ha llegado á ser la primera y mas peligrosa ridiculez; si el gobierno militar queda establecido, entónces estamos muy próximos de los excesos del despotismo. »

Y aun decia: « Gran síntoma de esclavitud y de corrupcion es el que no le queda á un pueblo el valor de aplaudir á quien se atreve á desenvolver sus derechos y defenderlos, y el que el espíritu servil eche tales raíces, que se miren como locos á aquellos que resisten. Semejante desvario se hará raro cuando no quede ningun estímulo á aquellos que tienen intenciones rectas y sentimientos patrióticos; cuando, en vez de la aprobacion pública, estén seguros de ser condenados por sus conciudadanos como perseguidos por el gobierno; si su alma elevada no encuentra siquiera una digna compensacion en la satisfaccion de la conciencia de este desconocido consolador que habla mas

alto que la multitud y la fama, y que, sin contar los votos, la vence en todos respetos. »

Después de un año de cárcel, y habiéndole quitado toda comunicacion, se apoderó de él la desesperacion, y quiso suicidarse. Cambiando luego de opinion, aceptó la vida que no tardó en serle grata con el amor, volviendo á principiar su correspondencia con Sofía, que le hizo padre de una niña. Como consecuencia de la persecucion, obstinábase en no dejarla, pensando siempre en crearse para los dos una posicion honrosa, por lo que suplicó al rey y á su ministro Maurepas que le permitiesen pasar á servir á América; pero no se lo concedieron. Su padre no tan solo le dejaba en la mayor miseria, sino que viendo las cartas que escribia á su madre y á su hermana, se atrevió á esparcir dudas de un doble incesto; á lo que el hijo opuso imputaciones no ménos horrendas, que no mancillaron por eso la buena reputacion del Amigo de los hombres. Delante de esta alma endurecida y callosa que se complacia en negarle todo confort, Honorato no podia ménos de desfogarse en sus cartas llenas de amargura é indignacion: « Por poco corazon y entendimiento que tenga un hombre, no puede resistir á un bárbaro con vida y en quien su talento, sus conocimientos y los mejores sentimientos, en vez de procurarle un alivio, son la causa de su ruina. »

En cuanto al marques economista, se le aumentaba la hflis al ver que su hijo se entregaba á las ideas filosóficas del siglo. « Respecto á este loco que está detras de los cerrojos de Vincennes (escribia á su hermano el bailío), sus manías no son otra cosa mas que la recopilacion ridícula del filosofismo, de la charlatanería y de impudentes recuerdos. Tres ó cuatro tunantes como Diderot, D'Alembert, y Rousseau, ú otros hombres de paja, vestidos de papel dorado, cuya biblioteca es el inventario de la torre de Babel, y la mayor parte de los cuales no tienen otra cosa de original que su impudencia, formando como el almacén de esta filosofía sofística moderna que no piensa mas que en tragar y en todo lo que es torpe y obsceno (1). »

A poco tiempo el único hijo legítimo de Honorato muere á los cinco años de edad, no sin sospechas de ser culpable en ello un colateral. Al peligro de ver extinguirse el nombre, toda la familia se sobrecogió, y sobre todo el marques, que pensó entónces en poner en libertad á Honorato para que renovase la raza.

« Ciertamente, si mi nieto hubiera vivido, mi intencion era dejar al padre en la oscuridad y en el olvido, hasta destruir todo rastro de él; pero muerto el pobre Victorino, debo evitar que se extinga nuestra estirpe. » Aun así puso por condicion que intercediese la señora de Honorato, y todavía tardó mas de un

año en decidirse completamente á poner en libertad á su hijo, lo que se efectuó despues de cuarenta meses de padecimientos. Honorato salió de la cárcel con el espíritu algun tanto abatido, pero sin perder su natural vigor, escribiendo así á su hermana: « Aquí me tienes libre, pero ¿de qué me vale la libertad? ¡Renegado por mi padre, olvidado de mi madre, perseguido por mis acreedores, privado de medios de subsistencia, amenazado por mi mujer, sin carrera, sin crédito, ojalá que mis enemigos no fuesen tan cobardes como son malignos! » Entónces púsose en manos de la justicia, para anular la sentencia lanzada contra él en el Franco Condado; y escribia su defensa, no para ganar dinero, sino por su propia cabeza, no ya para facilitarse el pan de cada día, sino por el honor, logrando así elevar su acusacion á la altura de una causa pública, y adquiriendo fama y popularidad no ménos con el escándalo que con las ideas revolucionarias que emitia y divulgaba. Habiéndole sido prohibido imprimir su *Informe* en Francia, lo imprimió en Bélgica, excusándose de dar al público litigios privados. « Un caballero no puede desear presentarse en escena sino por complacer á sus semejantes. Cuando se trabaja para el público, es dulce comparecer á su vista animado del sentimiento de su propia justicia é iluminado por su censura; pero el que tiene que ocuparse de su persona y hacerlo gimiendo, quisiera ocultarse de la misma naturaleza, evitando á los hombres el afligido espectáculo de una mortificacion inútil, y la prueba de esta triste verdad, que uno puede ser un hombre sumamente honrado y sumamente calumniado, sumamente valeroso y sumamente oprimido. »

El procedimiento fué anulado y se declaró la separacion de Sofía con una pension. Pero esta mujer, con aquella generosidad que fué la causa y la excusa de sus extravíos, escribió al marques asumiendo toda la culpa, y exhortando á Honorato á reunirse con su esposa. Mientras tanto el fruto del adultero lecho murió, rompiéndose así el nudo que mas unia á los dos amantes; pero Sofía se negó á reunirse con su marido abandonado. Honorato pasó al convento en que ella se hallaba para disipar dudas que astutamente habian divulgado sobre su reciproca fidelidad; pero el coloquio concluyó dividiéndolos para siempre. Poco tardó sin embargo Sofía en quedar viuda, manteniéndose prudentemente en aquel difficilísimo estado, hasta que, concibiendo otros amores, y muerto su amante cuando se disponia á casarse con ella, tambien ella murió de sofocacion.

Orgullosa Honorato de verse reintegrado en sus derechos, gracias á su propio talento, pero apuradísimo con deudas y sin medios para cubrirlas, trató de reunirse á su esposa, sin poderlo lograr. Entónces acudió á los tribunales, pero la familia Marignano publicó contra él un virulento libelo. Convencido de que el tribuna-

1) *Mémoires de Mirabeau*, t. II, p. 353.